

punto de vista "técnico". Pero el significado primordial y el valor de esta *Versión Ecuménica* ha de considerarse también —y tal vez principalmente— desde otras perspectivas: es el primer gran fruto —y muy sazonado— del diálogo intereclesial en este dominio de los estudios y del amor común por la Palabra de Dios.

J. M.^a CASCIARO

LUCIEN LEGRAND, *La doctrina bíblica de la virginidad*. Estella, Verbo divino, 1969, 202 pp.

En este momento en que el tema se debate, el libro de Legrand puede aportar mucha luz. Una luz que, prescindiendo de prejuicios fisiológicos o psicológicos, arranca de una visión netamente religiosa, "Nos muestra, dice T. Worden en el prólogo, cómo el celibato es en verdad una profecía o proclamación de que el Reino de Dios está cerca; de que Cristo ha muerto y resucitado de nuevo por nuestra salvación, y de que de la muerte ha brotado nueva vida".

El libro recoge una serie de artículos aparecidos en diversas revistas de habla inglesa y francesa. La unidad del tema da armonía a toda la obra. Una primera parte se fija en el valor de la virginidad como signo profético. Estudia el caso de Jeremías cuya vida de hombre célibe es una profecía para el pueblo de Israel. Es un signo negativo, propio del ambiente veterotestamentario tan lejano aún de las perspectivas nuevas de los tiempos mesiánicos. Estudia a continuación la doctrina de S. Pablo sobre el verdadero valor de la virginidad, haciendo un extenso estudio de I Cor. 7, 26 para concluir el valor escatológico de la virginidad. "Como anunció Jeremías al pueblo escogido el fin de la antigua alianza, así el célibe, nuevo Jeremías, anuncia el fin del mundo antiguo. Encarna la enseñanza de los apocalipsis. Se alza como testigo del día del Señor, el día de la ira y de la muerte que empezó aquel viernes de Nisán en que el Cordero fue sacrificado en el monte Calvario".

Estudia también en esta primera parte Mt. 19, 12 y, después de examinarlo a fondo, concluye que el signo de la virginidad es eminentemente positivo, es un vivir de modo anticipado la plenitud del misterio de Cristo y anunciarlo con la vida entera.

En la segunda parte, se fija el autor en el valor sacrificial de la virginidad. Esta es una participación estrecha en el sacrificio de Cristo, un "despojo progresivo de la carne del hombre viejo". En contrapartida surge paulatinamente el hombre nuevo que en una sublimación constante se transforma y eleva. La virginidad es así un sacrificio grato a Dios que es aceptado en unión con el de Cristo.

En la tercera parte estudia Legrand el valor espiritual de la virginidad. Subraya la relación íntima que tiene con la libertad, "es la condición ideal —nos dice— del peregrino que quiere progresar rápidamente y sin trabas a través del desierto". También afirma que la virginidad es la plenitud del amor cristiano, de la caridad. El matrimonio es ciertamente el signo por excelencia de la unión de Cristo con la Iglesia, pero

la virginidad "manifiesta la realidad que el matrimonio contiene solamente de una manera velada. Es la revelación plena del "misterio" que está medio escondido todavía en el matrimonio sacramental".

Finalmente habla el autor de la fecundidad virginal. Mediante la fuerza del Espíritu, la vida que parece baldía se torna fecunda y ubérrima. Estudia la virginidad de María y la presenta como tipo y modelo de la virginidad cristiana. Esa fecundidad se realiza en la Iglesia, la nueva virgen de Sión prefigurada en María. "La virginidad cristiana es soledad y despojo de sí. Pero los tormentos de ese despojo son sólo la señal de la nueva fecundidad de las vírgenes, cuando han recibido la visitación del Espíritu. Su muerte diaria es una generación continua, y, como María y la Iglesia, es el Mesías a quien engendran".

El autor basa sus afirmaciones en argumentos exegéticos. Algunas de sus apreciaciones son discutibles. Resulta, sin embargo, un libro de cierto valor para el estudio del tema.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

JOSÉ M.^a CASCIARO, *El Diálogo teológico de Sto. Tomás con musulmanes y judíos*, Madrid, 1969.

El influjo de las fuentes árabes y judías en la doctrina de Santo Tomás acerca de la profecía es el objeto principal de este estudio monográfico, en cuya elaboración D. José M.^a Casciario —Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra— pone a contribución su preparación de arabista, hebraísta y profesor de Sagrada Escritura.

Después de un elenco detallado de las citas explícitas de autores árabes y judíos en los escritos del Aquinate sobre la profecía (cap. I), el Autor aborda el tema de la posibilidad del conocimiento de tales fuentes por parte de Sto. Tomás. El A. describe los caminos a través de los que pudo llegar hasta la mesa de trabajo del Aquinate toda una copiosa bibliografía musulmano-rabínica. Señala, en primer término, las abundantes versiones al latín de obras islámicas y judías, hechas a mitad del siglo XII y principios del XIII, gracias, principalmente, a la Escuela de Traductores de Toledo, fundada por Raimundo, arzobispo de esta ciudad. Junto a los famosos Domingo Gundisalvo y Juan Hispano, un ejército de políglotas, en su mayoría judíos, pusieron al alcance de Europa las investigaciones de la filosofía musulmano-rabínica, los comentarios árabes a Aristóteles y concretamente —por lo que al tema estudiado se refiere— una buena cantidad de obras de Metafísica y Psicología e incluso algunos verdaderos tratados árabes y judíos sobre la profecía. Citando sólo unos cuantos ejemplos, recordamos: el *De Anima* y la *Metafísica* de Avicena; el *Maqasid al-falásifa* de Algazel; los *Comentarios* de Averroes a la enciclopedia aristotélica, especialmente al *De Somniis*, al *De Anima* a los *Metaphysicorum libri*, etc. y, finalmente, la célebre obra de Maimónides, *Moreh Nebuhim*. Subraya, además, el A. el extraordinario interés que pusieron las órdenes mendicantes por conocer el mundo espiritual islámico y rabínico, lo cual fructificó, dentro de la Orden de Predicadores, en